

Ernesto Macías y la educación

CATALINA URIBE



LA CONTROVERSI POR LOS TÍTULOS del presidente del Senado, Ernesto Macías, desató una discusión sobre la educación y la práctica. Por un lado, varios separaron la educación formal de la experiencia y argumentaron que los títulos son irrelevantes cuando se tiene la práctica para ejercer un cargo. Este antitelectualismo se vio contrastado por un tiraje elitista de quienes insistieron que el estudio es tan importante que se debe extender el requerimiento de tí-

tulos incluso a los votantes.

Entonces, ¿importa o no que un político tenga alguna formación más allá de la universidad de la vida? Si cada año trae consigo un gran aprendizaje, y más aún, un aprendizaje en la tarea que se está adelantando, ¿para qué la educación formal? La respuesta es que en la práctica uno aprende de su mundo, pero sólo de su mundo. Cree que las cosas solo pueden ser lo que siempre han sido. Repite lo que hay porque es lo único que ve. ¿Cómo aprender de las alternativas posibles, de los adelantos de otros y de los errores ajenos desde la estrechez de la propia vida?

Hay gran mérito en la "persona hecha a pulso". Se trata de alguien que surge contra todos los pronósticos. Pero fuerza no equivale siempre a prudencia y mucho menos a sa-

biduría. Es más, a veces se traduce en egolatría y terquedad. Por eso dicen por ahí que de las cosas más duras de abrir la mente es la frustración de que a medida que crece el radio del conocimiento crece la conciencia sobre la circunferencia de la propia ignorancia. Claro, no toda educación es perfecta, pero igual hay algo en ella capaz de moldear el espíritu humano y hacerlo más curioso, más estructurado y, a veces, más digno y más libre.

Ahora bien, hay algo del mundo que solo conocemos a través de la propia experiencia, pero reconocer que ésta es importante no quiere decir que la educación no lo sea. Un país, en últimas, es el reflejo agregado de sus ciudadanos. Si no somos capaces de producir personas distintas, no vamos a producir un país distinto, mucho menos uno mejor.

Princip

JOSÉ FERNANDO ISAZA



SUSAN SONTAG AFIRMA: "EL SIGLO XX empieza en Sarajevo y el siglo XXI también empieza en Sarajevo", haciendo referencia al inicio de la Primera Guerra Mundial, desencadenada por el asesinato del príncipe heredero de la corona austriaca, Francisco Fernando, el 28 de junio de 1914; y al sitio de Sarajevo, que duró cuatro años y terminó en 1996. Otros analistas extienden la duración del siglo XX hasta el 11 de septiembre de 2001.

Bosnia-Herzegovina, en la época del asesinato del príncipe austro-húngaro, estaba anexada al imperio, el cual de hecho dependía de Alemania. Los serbios que vivían allí estaban en contra de esa dependencia, la vecina república de Serbia no formaba parte del imperio y buscaba alejar de los Balcanes la influencia de Austria y de Alemania.

Varias organizaciones secretas se formaron en Serbia y Bosnia-Herzegovina para luchar contra la influencia alemana-austriaca. Una de ellas se llamaba "la Mano Negra", operaba en Bosnia-Herzegovina en forma clandestina y al parecer tenía el apoyo del gobierno serbio. A esta "sociedad" pertenecía Gavrilo Princip, quien asesinó al príncipe heredero.

Otro de los conjurados, N. Cabrinovic, arrojó una granada sobre el carro del príncipe, pero olvidó que después de activarla tardaría diez segundos en estallar, así que el explosivo resbaló del carro objetivo y estalló en otro vehículo, hiriendo por lo menos a 17 personas. El atentado parecía haber fallado, así que el inexperto granadero trató de envenenarse con una cápsula de cianuro y de ahogarse en el río, pero no lo logró porque el veneno estaba vencido y la corriente del río era muy débil. Al llegar la caravana real al ayuntamiento, el príncipe insistió en ir al hospital, pero no le informaron el destino a los conductores. La comitiva regresó, pero el carro giró intempestivamente y se encontró a boca de jarro con Princip, quien les disparó a pocos metros.

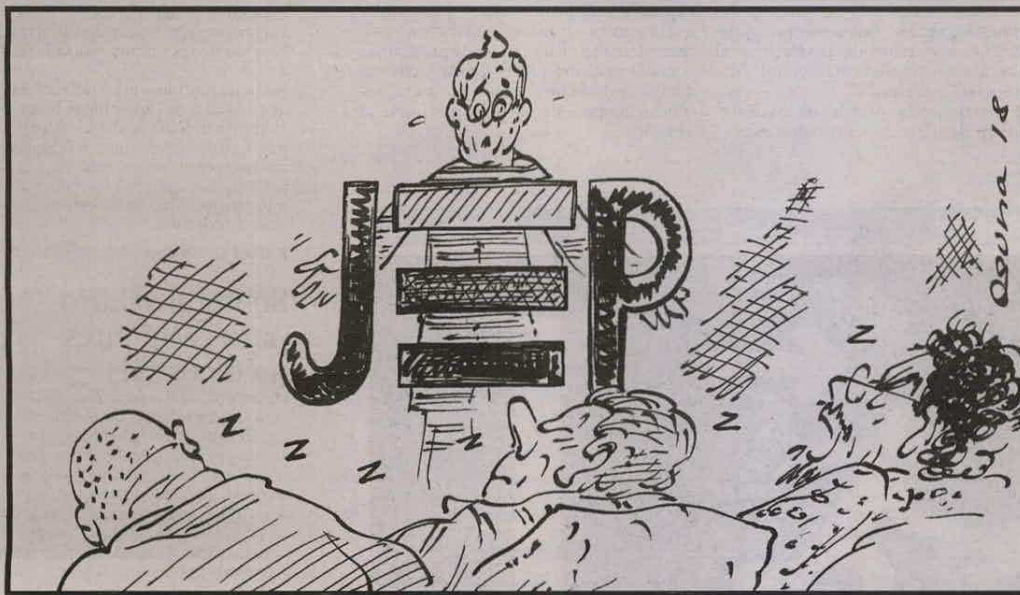
Como consecuencia del asesinato la casa de Habsburgo le exigió a Serbia unas condiciones inaceptables para el país. Vencido el ultimátum, le declaró la guerra y empezó a actuar la alianza Rusia-Serbia-Francia contra Alemania y el imperio; así inició la Primera Guerra Mundial.

Existió un monumento en Sarajevo a la memoria de Princip, que Churchill calificó como "memorial a la infamia".

En 2014, para conmemorar los 100 años del asesinato de los herederos del trono austriaco, se erigió una estatua a Gavrilo Princip, en el barrio serbio de Sarajevo. Flores frescas acompañan la estatua. Es difícil no hacerse la pregunta: ¿los asesinos del heredero eran simples terroristas o, por el contrario, héroes y patriotas que luchaban por la independencia de su país? En el momento del atentado Princip tenía 19 años y por ser menor de edad las leyes austro-húngaras no permitían la condena a muerte. Fue sentenciado a 20 años de prisión, pero murió a los cuatro años en 1918, por las difíciles condiciones de la prisión, que agravaron su precario estado de salud.

Hay otras versiones sobre el papel de Serbia en el atentado. En la película *Sarajevo. El atentado* se plantea que Serbia no autorizó el ataque, que este fue promovido por el general Potiorek, gobernante de Bosnia-Herzegovina, quien quería que Serbia fuera anexada al imperio y así permitir la construcción en su territorio de parte del ferrocarril Berlín-Bagdad, pues había comprado acciones de esta empresa y esperaba así enriquecerse.

Osuna



Sueño de una noche de verano

Somos cómplices

MARÍA PAULA SAFFON

ME SENTÉ A TRABAJAR ESTA MAÑANA, pero no pude. No puedo parar de pensar en los asesinatos de líderes y lideresas sociales, cada día más frecuentes, y casi por completo impunes. Seguir trabajando con ellos en la mente es una forma de complicidad. Que la vida de la mayoría, pero en especial de las minorías privilegiadas, siga como si nada pasara es lo que hace posibles esos asesinatos.

Ese olvido no solo es altamente funcional para la comisión de los crímenes. También puede considerarse una causa importante de ellos. Sabemos bien ya que, a pesar de tener perpetradores distintos y de no obedecer a un plan centralizado, los asesinatos de líderes y lideresas obedecen a un patrón claro: sus blancos son personas que defienden causas que tienen el potencial de cambiar el *statu quo* de la distribución del poder y los recursos a nivel local. De ese *statu quo* se benefician élites locales, legales e ilegales, cuyo apoyo o aquiescencia es fundamental para que las élites nacionales ganen elecciones y extraigan ganancias de las actividades económicas.

Cada vez es más evidente que las instituciones colombianas son débiles en las regiones no solo por falta de capacidad, sino sobre todo por falta de voluntad de las élites. La capacidad de las instituciones estatales se ex-

hibe a plenitud cuando a las élites les conviene. Ello explica que tengamos uno de los ejércitos con más recursos y mayor profesionalización del mundo, que los arrestos, investigaciones y juicios sean céleres cuando hay víctimas poderosas. También explica que, al mismo tiempo, ese ejército no logre combatir eficazmente a los miembros de las bandas criminales, que la Unidad de Protección no dé abasto con las solicitudes que le hacen, que la Fiscalía no logre identificar a ningún perpetrador intelectual de los asesinatos, y que incluso aprehender a los autores materiales le cueste a la policía.

Como la fortaleza institucional depende en buena medida de la voluntad política, y como esa voluntad es aparentemente escasa frente a los crímenes contra líderes y lideresas, la única manera de lograr su prevención y esclarecimiento parece ser la presión de la sociedad civil. Solo con una presión fuerte, constante y organizada, que incomode a las élites políticas y económicas nacionales hasta el punto de que les impida seguir con sus actividades y ganancias como si nada sucediera, podemos parar esta matazón.

Como lo hemos empezado a comprender, la presión no puede provenir única ni principalmente de las zonas en donde más amenazas hay, pues ello solo aumenta la vulnerabilidad y, al parecer, no les importa a las élites lo suficiente. Las protestas son más eficaces cuando se hacen en los centros de poder y

son masivas. Por ello sorprenden las voces que instan a no politizar el asunto, cuando la única posibilidad de hacerlo relevante es volverlo un asunto político, esto es, un tema que a todos atañe.

En este mundo contemporáneo, existen enormes oportunidades de sabotaje desde nuestros lugares de trabajo: exponiendo y avergonzando públicamente a través de redes sociales a quienes no se pronuncian en contra de los asesinatos, negándonos a hacer transacciones y a establecer relaciones de cualquier tipo con esas personas y sus instituciones, haciendo redes transnacionales de alerta y denuncia de las amenazas a líderes y organizaciones, impulsando sanciones económicas internacionales contra las empresas e instituciones públicas que no actúan eficazmente contra el problema, etc.

Nada de esto es tan fútil como parece. Recordemos que regímenes muy difíciles de desmontar como el *apartheid* sudafricano y la dictadura argentina cedieron a la presión de la sociedad civil nacional e internacional. Acá se propone algo harto más sencillo: detener las muertes políticas que se han desencadenado en medio de un proceso de paz.

Pero esta parece ser la única alternativa que tenemos para no ser cómplices diarios de la tragedia que ocurre en Colombia. Ni un muerto más tiene que convertirse no solo en el grito de marchas ocasionales, sino en el reclamo constante de un paro general.